

REVOLUCIONARIOS Y REFORMISTAS

EMILIO GARCÍA RIERA

" Ay madrecita Rusia, yo soy bolchevi- que". recordé la anterior estrofa del poeta Serguéi Yesenin ante la reciente foto de un ruso barbado con gorra de pope, o algo así, y con un crucifijo en la mano derecha y un retrato de Lenin en la izquierda. (Por cierto: la citada vehemencia de Yesenin —amante por un tiempo de Isadora Duncan— le costó la burla de otro poeta de los años veinte soviéticos: Vladimir Maiakovski, que no creía en bucolismos y sí mucho en el progreso técnico y científico. Es que Maiakovski fue a la vez comunista y futurista, cosa posible antes de que Stalin cancelara el derecho a tener complejidades.)

El ruso que blandía a Lenin y a la cruz en plan de protesta, quizá con quejas dos-toeivskianas ("¿por qué no somos buenos, Tatiana Trifonovna, por qué vivimos mal?"), no me pareció menos esquizofrénico que muchos miembros de una izquierda empeñada aún en soñar en paraísos urgentes con la mera supresión de un mal absoluto. En México, lo malo de ese mal es que se ha vuelto huidizo, de nombres cambiantes: si antes llevó por años y años los de Burguesía, Capitalismo e Imperialismo, con las seguridades y firmezas que daba la "ciencia" marxista, el colapso ideológico ha conducido después a llamarlo Tratado de Libre Comercio, Fondo Monetario Internacional, Neoliberalismo, Globalización o Fobaproa, según el caso. Conste que no estoy imaginando en ninguno de esos supuestos demonios cualidades angelicales, ni mucho menos. Lo que no creo es que tenga caso conjurarlos con un retrato de prócer o con una cruz (como a Drácula) para cumplir el viejo sueño revolucionario.

Tan duradera como la vigencia del marxismo fue para la izquierda el distingo entre la vía reformista (la Segunda Internacional) y la revolucionaria (la Tercera Internacional o Komintern, extirpada hace cosa de medio siglo por el ya mencionado Stalin, tan quirúrgico él). La vía reformista era sospechosa por tibia, "transa" y "democráticoburguesa"; la revolucionaria, en cambio, conducía por un atajo quizá doloroso, pero seguro, al Reino de la Justicia Social. Como hay muchos que aún creen en la superioridad de la revolución socialista sobre la reforma socialista, no estará de más hacer un balance de lo logrado por una y por otra a lo largo de este siglo.

La revolución nos ha dejado una Rusia tan devastada por el errático gobierno actual de Boris Yeltsin como por los setenta años totalitarios, deportadores, masacradores, estatistas, burocráticos y feístas (feo neologismo que significa afición forzosa a lo feo) de la extinta Unión Soviética; una China que no ha logrado liberarse del atraso y la miseria ni con la siniestra "revolución cultural" maoísta ni con lo que ha seguido, una suerte de neoliberalismo cínico sin democracia; una Yugoslavia que sólo pudo mantener su artificial unidad en vida del más triunfante guerrillero que haya habido: Josip Broz Tito, vencedor de nazis y chetniks y capaz de enfrentar a Stalin cuando nadie osaba hacerlo en el "campo socialista", pero incapaz de prever la furia racista y genocida que dividiría y asolaría el territorio por él gobernado; una Corea del Norte sometida a una dinastía de sátrapasseudocomunistas —Kim II Sung y su hijo Kim Chong II— y muy protegida de

contaminaciones occidentales y democráticas, pero tampoco liberada de la miseria extrema; una Camboya que aún no logra recuperarse del brutal exterminio de una enorme parte de su población por Pol Pot, otro líder pseudocomunista; unos países del centro y este de Europa —la ex Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia (hoy dividida en dos), Hungría, Bulgaria, Rumania y Albania—que recuerdan como pesadillas sus regímenes comunistas de antaño impuestos a la brava no por revoluciones propias, sino por la Unión Soviética; una Cuba víctima a la vez de un bloqueo cada vez más absurdo y de una dictadura castrista que encarcela disidentes; un Vietnam del que no conozco bien su situación actual, la verdad sea dicha; no diré pues nada malo de un país que sigo admirando por la gesta anticolonialista que libró su heroica población.

Francamente, la vía del socialismo reformista o socialdemocracia no presenta un balance tan aterrador, sino todo lo contrario. Empezaré por el país donde nací. Desde tiempos de Carlos III, hace dos siglos, España careció de un buen gobierno (al admirable republicano Manuel Azaña le impidieron de hecho ejercer el suyo) hasta que fue elegido en 1982 el presidente socialista Felipe González. La maledicencia es parte del folclor español, pero, aun así, nadie puede ignorar que los doce años de gobierno socialista consolidaron la democracia y mejoraron la economía del país al grado de hacerlo un miembro no menesteroso de la Comunidad Europea. No simpatizo con el actual presidente derechista Aznar, pero es una injusticia llamarlo neofranquista (no recuerdo dónde leí esa estupidez), y doy por seguro que no sólo ha continuado mucho de lo que de bueno le heredó a González, sino que hará honor a la continuidad democrática cuando le toque ceder el gobierno (eso espero) a otro socialista, el catalán Josep Borrell.

Lo último me hace pensar en las dos veces que la socialdemocracia sueca ha debido dejar por corto tiempo a la derecha el poder ganado en las elecciones desde 1932. Quizá esa alternancia haya resultado benéfica para un gobierno socialista tan prolongado, tan decente y tan eficiente, pero no inmune —supongo— a los peligros de la inercia y la rutina. Diríase sin embargo que los suecos son para muchos como marcianos, aunque su condición humana y vulnerable se probara con el vil asesinato del muy meritorio socialista Olof Palme, mártir no tan glamouroso como el Che Guevara, pero mucho más racional. Me ha tocado no pocas veces que algún radical, de esos que no ven otra vía que la pura y dura, se haga el sueco —valga la paradoja— cuando uno elogia a Suecia, ejemplo de democracia, libertad, prosperidad y justicia social. Hoy, menos que nunca, Suecia no está sola: con las excepciones de España e Irlanda, la socialdemocracia gobierna del todo o en parte Europa Occidental, esa zona que estaba de moda calificar de decadente hace veinte años y que es por mucho la menos injusta del mundo pese al desempleo y los brotes racistas que aún la aquejan.

A ojos místicos y revolucionarios, la tal zona tiene el grave defecto de no ser utópica, sino real. Por eso, las publicaciones de izquierda suelen asestarnos artículos o declaraciones de tronantes desmemoriados que siguen poniendo comillas a la palabra "socialista" si de socialdemocracia se trata. Eso quizá convenza a la sociedad civil, apodo que algunos ponen a la gente que piensa como ellos. Pero la mayoría de la gente, dicho sea sin exclusiones, nunca ha votado por los comunistas en verdaderas elecciones democráticas, y si en cambio muchas veces por los socialistas. Por algo será, digo yo, y por eso me he deslizado por la pendiente del revisionismo hasta caer en el pantano de la socialdemocracia, para decirlo al modo de mis mocedades comunistas. A mi modo actual de ver, creo que ese pantano ha resultado muy fértil.